



NUESTROS MIEDOS*

*Norbert Lechner***

Los últimos quince años en América Latina estuvieron marcados por los procesos de modernización. Éstos significaron una profunda reorganización no sólo de las estructuras económicas, sino igualmente de las relaciones sociales y de la vida cotidiana de la gente. Si embargo, los efectos sociales y culturales de la modernización apenas fueron tematizados. Un caso ilustrativo es Chile, donde grandes avances de la modernización coexisten con un difuso malestar social. El artículo analiza dicho malestar como una expresión de inseguridad e incertidumbre, mostrando tres temores: el miedo al otro, el miedo a la exclusión y el miedo al sinsentido.

The last fifteen years in Latin America have been marked by processes of modernization. These have meant a far-reaching reorganization not only of economic structures, but also of social relationships and people's daily life. However, the social and cultural effects of modernization have barely been categorized. An illustrative case is Chile, where huge advances in the process of modernization coexist with widespread social unrest. The article analyzes this unrest as an expression of insecurity and uncertainty, based on three fears: the fear of others, the fear of exclusion and the fear of meaninglessness.

En los últimos diez a veinte años América Latina ha estado bajo el signo de la modernización. A diferencia de la fase anterior, ésta es impulsada por el mercado y una inédita globalización de los flujos financieros e informáticos. Tiene lugar una "puesta al día" de las estructuras económicas que muestra algunos resultados alentadores; en 1997, acorde al balance preliminar de la CEPAL, las economías de

* Conferencia pronunciada con motivo de la Asamblea General de FLACSO en la ciudad de México, 14 de mayo de 1998.

** Investigador de la FLACSO-sede Chile y consultor del PNUD para el "Programa de desarrollo humano en Chile".

la región registraron el mejor desempeño en un cuarto de siglo. La tasa media de crecimiento alcanzó el 5.3% y la tasa media de inflación fue inferior a 11%. Dicho proceso de modernización va más allá del ámbito económico; se trata de un proceso de racionalización social que afecta al conjunto de la sociedad. Modifica tanto la estructura social como la esfera de la política, tanto la sociabilidad cotidiana como los universos simbólicos y los mapas mentales. Toda la organización de la vida social se encuentra en entredicho. Parece que estamos nuevamente en una época umbral, potenciada por el clima propio de un fin de milenio, donde las rutinas ya no sirven.

Chile representa un buen ejemplo para estudiar las paradojas de la modernización en curso. En los últimos doce años el país tiene un crecimiento económico sostenido de un 7% anual, reduce la inflación y el desempleo a tasas de 6% e incrementa las remuneraciones en casi 4% anual. Paralelamente, a pesar de —o precisamente a raíz de— ese buen desempeño de las variables macroeconómicas, existe un difuso malestar social. Diversos estudios (Campero, 1998; Martínez, 1998; PNUD, 1998) coinciden en señalar la encrucijada: los avances de la modernización no guardan relación con la subjetividad de la gente. Tal asintonía no es baladí desde un punto de vista normativo que mira a las personas en tanto sujetos efectivos del desarrollo. También es relevante desde un punto de vista analítico, pues la percepción subjetiva decide, en definitiva, cómo la gente aprecia las oportunidades y amenazas del desarrollo. En resumidas cuentas, la relación de modernización y subjetividad se revela como una tensión problemática de la cual debemos hacernos cargo.

La subjetividad importa. No sabemos cuánto ni cómo, pero la vida nos enseña que ella es tan real y relevante como las exigencias de la modernización. La subjetividad es un fenómeno complejo que abarca valores y creencias, disposiciones mentales y conocimientos prácticos, normas y pasiones. Me referiré a un aspecto acotado: los miedos. Los miedos son una motivación poderosa de la actividad humana y, en particular, de la acción política. Ellos condicionan nuestras preferencias y conductas tanto o más que nuestros anhelos. Son una fuerte pasión que, con mayor o menor inteligencia, nos enseña la cara oculta de la vida.

Del informe del PNUD sobre el "Desarrollo humano en Chile 1998" se desprenden pistas sugerentes para una reflexión sobre algunas

inseguridades que subyacen al malestar. El material empírico permite distinguir tres tipos de miedos:

- *el miedo al Otro*, que suele ser visto como un potencial agresor;
- *el miedo a la exclusión* económica y social;
- *el miedo al sinsentido* a raíz de una situación social que parece estar fuera de control.

A continuación esbozaré —en una interpretación estrictamente personal de los antecedentes— algunos temas estratégicos del proceso chileno en la perspectiva de un desarrollo humano. ¿Qué desafíos plantean nuestros miedos para lograr un desarrollo donde las personas sean el sujeto y beneficiario del proceso?

El miedo al Otro

Los miedos de la gente tienen una expresión sobresaliente: el miedo al delincuente. La delincuencia es percibida como la principal amenaza que gatilla el sentimiento de inseguridad. Sin ignorar las altas tasas de delitos en todas las urbes latinoamericanas, llama la atención que la percepción de violencia urbana es muy superior a la criminalidad existente. Por ende, no parece correcto reducir la seguridad pública a un “problema policial”. Probablemente la imagen del delincuente omnipresente y omnipotente sea una metáfora de otras agresiones difíciles de asir. El miedo al delincuente parece cristalizar un miedo generalizado al Otro. Varias razones alimentan esa desconfianza en las relaciones interpersonales.

La mala memoria

Nuestros miedos tienen historia. A veces una historia muy reciente: el significado actual del delincuente no está lejano de lo que representaba ayer el “extremista” o el “delator”. La experiencia traumática de Chile ha dejado heridas sin cicatrizar. El tupido velo del silencio no las hace desaparecer. Es tanto el miedo a los miedos del pasado que los negamos. Es imposible vivir sin olvido, pero ni siquiera percibimos lo compulsivo de nuestros olvidos. Tenemos mala memoria (De la Parra, 1997). O miedo a la memoria. No sabemos qué olvidar,

qué recordar. No basta “mirar al futuro”. Las expectativas están cargadas de experiencias pasadas, de sus miedos y esperanzas. Para hacer futuro, previamente hay que hacer memoria.

El peso de la noche parece no haberse disipado. Los conflictos silenciados conservan actualidad. Cualquier evento puede activar los fantasmas del pasado. Tal vez desconfiamos del Otro porque tememos al conflicto. El Otro representa una amenaza de conflicto. Amenaza no sólo de agresión física, agresiva es también la vida diaria en una sociedad competitiva. Cuando crecen las dudas acerca de “lo propio” aumentan los miedos al “invasor”. Los miedos hablan de nosotros. ¿No será el miedo al agresor un miedo a nuestra propia agresividad? Posiblemente desconfiamos por sobre todo de nuestras propias capacidades (psíquicas e institucionales) de manejar conflictos. Si entendemos por democracia la institucionalización de los conflictos, su funcionamiento depende de nuestra capacidad de abordar y resolver conflictos. ¿Hemos aprendido a tolerar, negociar y decidir las luchas de intereses y las diferencias de opinión?

Asumir la historia implica confesar nuestra vulnerabilidad. Precariedad de las condiciones materiales de vida y, por sobre todo, precariedad de nuestra convivencia, de nuestras identidades, de nuestras ideas y categorías. Una precariedad reñida con el exitismo. En un país donde todos quieren ser ganadores, no es fácil declararse vulnerable. A lo más, nos quejamos de los problemas que impiden mayores éxitos; pocas veces nos interrogamos acerca de los criterios de éxito. Demasiado fácil se toman los resultados obtenidos por los resultados posibles. Se pasa de la constatación “el sistema funciona bien así” a la conclusión falaz de que “el sistema no funciona bien sino así”. Ello acalla las dudas e incertidumbres, pero también la crítica y la innovación.

Los miedos son fuerzas peligrosas. Pueden provocar reacciones agresivas, rabia y odio que terminan por corroer la sociabilidad cotidiana. Pueden producir parálisis. Pueden inducir al sometimiento. Los miedos (como el miedo al sida) son presa fácil de la manipulación. Hay “campanas del miedo” que buscan instrumentalizar y apropiarse de los temores para disciplinar y censurar. Más difusos son los temores y más tentador exorcizarlos mediante drásticas invocaciones de la seguridad. A veces la seguridad toma forma de cárcel. Entonces, ¿cómo lograr una seguridad en el ámbito de la liber-

tad? Hay que conversar los miedos. Sacarlos de la oscuridad. Darles nombre. Sólo entonces somos capaces de compartir los miedos, de acotarlos y enfrentarlos.

Tanto los miedos como la seguridad son un producto social. Tienen que ver con nuestra experiencia de orden. Cualquier evento puede transformarse en una amenaza vital cuando no nos sentimos acogidos y protegidos por un orden sólido y amigable. ¿Cuál es, empero, la vivencia de nuestro entorno inmediato? El barrio y la ciudad suelen ser vividos como algo ajeno y adverso, disgregado y carente de significado emocional. Si no sentimos aprecio y orgullo por nuestro hábitat más cercano, difícilmente nos apoderamos del orden social como algo propio y valioso. La fragilidad del orden tiene no sólo un trasfondo histórico; tiene que ver también con un estilo de modernización que no echa raíces en la subjetividad de la gente.

La fragilidad del nosotros

Si el extraño causa alarma, es porque desconfiamos de nuestras propias fuerzas. El miedo a los otros es tanto más fuerte cuanto más frágil es el “nosotros”. La modernización rompe con el estrecho mundo señorial de antaño y abre amplias “zonas de contacto”. Incrementa las transacciones, pero no genera necesariamente lazos sociales. La mayoría de las relaciones suelen ser anónimas y fugaces. Apenas se conoce al vecino. Vemos día a día cómo los procesos de secularización, diferenciación y mercantilización de la sociedad moderna, potenciados por la globalización, socavan las identidades colectivas. Se debilitan los contextos habituales de confianza y sentido. La familia, la escuela, la empresa, el barrio, la nación ya no son lugares evidentes de integración e identificación. Los nuevos lugares públicos —centros comerciales, estadios de fútbol, recitales de rock— ofrecen nuevos rituales, pero no conforman lazos de cohesión social. Crecen las “tribus”, agrupaciones móviles y flexibles, que comparten emociones, símbolos e intereses puntuales, pero sin la autoridad y duración necesarias para ofrecer normas y creencias estables.

Con la erosión de las identidades colectivas también se dificulta la identidad individual. ¿No es paradójico que el individuo —pilar de la modernidad— pierda su cuadro habitual de inserción? Entre los años treinta y setenta la “modernidad organizada” (Wagner, 1997)

brindaba al individuo un marco normativo, cognitivo y organizativo para estructurar su lugar en el mundo. Su crisis (tematizada como posmodernidad) hace tambalear los modelos de socialización, la distribución de roles, los planes de vida. Nuestro Yo, liberado del Nosotros, se encuentra en una especie de ingravidez societal. Ya no se trata sólo del miedo al Otro; es el miedo a uno mismo. La inseguridad brota de mí mismo.

El individuo autónomo y racional sigue siendo el fundamento de la democracia liberal y de la convivencia diaria. Pero, ¿de qué individuo estamos hablando? El discurso prevaleciente sobre el individuo resulta abstracto. El énfasis en el individuo como "unidad" de la vida social no ha sido acompañado por una reflexión acerca del proceso real de individuación. ¿Cuál es el balance, visto en perspectiva histórica, de esa tarea civilizatoria? La promesa de individualidad, que adelantó la modernidad, parece revocada a diario por el individuo atemorizado, aislado, anestesiado de nuestra sociedad. Al hablar de nuestros miedos hay que hablar también de las dificultades de ser individuo en medio de un "individualismo negativo" (Giddens, 1995).

La precariedad del nosotros acentúa la retracción al hogar. La familia aparece como el último refugio frente a las fuerzas hostiles del entorno. Ella representa no sólo el principal apoyo en caso de problemas económicos; ella suele ser igualmente la (casi) única reserva de sentido, de cara a los dilemas morales y afectivos. Particularmente en sectores medios y bajos, la familia depende exclusivamente de sus propios recursos económicos y normativos para enfrentar una multiplicidad de tareas: desde la enfermedad y la precariedad laboral hasta los peligros de delincuencia, drogadicción o de embarazo precoz. A las exigencias externas se añaden las tensiones internas, generadas por la incorporación de la mujer a un empleo remunerado. La pareja ya no puede apoyarse en los roles heredados. En tales circunstancias, el hogar deviene una fortaleza asediada por todas las inseguridades y la familia comienza a sufrir una sobrecarga notoria. Y por si fuera poco, se le imputa la responsabilidad de socializar las normas y los valores que cohesionan la vida social. En una época marcada por la descomposición y recomposición de la vida familiar, la defensa de los "valores familiares tradicionales" no sólo resulta vacua; además inhibe reformular el significado de la familia en el nuevo contexto.

La erosión del vínculo social

La cara banal del miedo es la "sociedad desconfiada" (Fitoussi y Rosanvallon, 1997; Paramio, 1997). Las inseguridades generan patologías del vínculo social y, a la inversa, la erosión de la sociabilidad cotidiana acentúa el miedo al Otro. No es casual el reciente interés por la confianza. En efecto, ¿qué queda cuando se desvanecen los grandes relatos, las identidades nacionales, las tradiciones consagradas, los paisajes de la infancia? La vida social sigue, por cierto; sigue con base en múltiples redes de interacción, formales e informales. Día a día repetimos actos de confianza y establecemos alguna relación de cooperación. Las organizaciones no gubernamentales y sin fines de lucro se multiplican. Simultáneamente, empero, suponemos que los demás son agresivos, egoístas, insolentes y dispuestos a pasar por encima de cadáveres con tal de lograr sus propósitos. Es decir, la presencia de las redes asociativas en el nivel microsocia l parece desdicha por su ausencia del nivel macrosocia l. O, mejor dicho, a la experiencia práctica de cooperación se sobreponen un discurso y una imagen de desconfianza.

La imagen de sociedad desconfiada nos habla de la desconfianza en nosotros mismos, en la fuerza de nuestros lazos. La erosión del vínculo social tiene, en el caso chileno, razones históricas. Pero además refleja el impacto de la actual estrategia de modernización. Ésta incrementa la autonomía y libre elección del individuo, que conquista nuevas oportunidades de iniciativa y creatividad. Hace estallar las viejas ataduras, pero sin crear una nueva noción de comunidad. La celeridad del proceso y la expansión del mercado a ámbitos extraeconómicos (como educación, salud o previsión) tienden a modificar profundamente nuestra mirada de la sociedad y el significado cultural de "vivir juntos" (Touraine, 1997). Prevalece una visión individualista del mundo, de sus oportunidades y sus riesgos. Dicho esquemáticamente: los procesos de individuación desembocan en procesos de privatización. Privatización de normas y conductas, privatización de riesgos y responsabilidades. Ello debilita la integración de la vida social y —como muestra el miedo a la delincuencia— deja al individuo desamparado.

El vínculo social representa un patrimonio de conocimientos y hábitos, de experiencias prácticas y disposiciones mentales que una

sociedad acumula, reproduce y transforma a lo largo de generaciones. Es el "capital social" de un país (Putnam, 1993,1995). Y, como todo capital, su desarrollo exige un entorno favorable. Pues bien, cabe dudar si la actual estrategia de modernización favorece el despliegue de nuestro "capital social". Las políticas neoliberales no valoran las experiencias de la gente, no dejan lugar al ocio, no fomentan la acción colectiva. Interiorizando las exigencias de productividad, competitividad y flexibilidad se hace más difícil "producir sociedad": darle densidad a la interacción social y espesor simbólico a la vida en común.

El capital social es una "red de redes". Exige lazos activos de confianza y cooperación, conversaciones fluidas sobre asuntos de interés común. Exige la participación y articulación de un sinnúmero de actores organizados (desde los Rotarios hasta asociaciones de vecinos) y de agrupaciones informales (bandas juveniles, alcohólicos anónimos, grupos literarios, etcétera). De esa trama depende en buen grado la capacidad organizativa, gerencial e innovadora de un país para hacer frente a la competencia internacional. Ella genera el "clima de confianza" tan requerido por la inversión extranjera. Por el contrario, una desregulación excesiva erosiona el marco normativo del *fair play*. Se vislumbra, pues, una situación paradójica: la misma estrategia de modernización que exige un fuerte capital social, puede debilitarlo y provocar una real pérdida de capital.

El capital social se encuentra asociado al desempeño y la credibilidad de las instituciones políticas (Putnam, 1993; Inglehart, 1997). A la inversa, experiencias de desconfianza en la vida cotidiana afectan igualmente la confianza en la política. En efecto, estudios de opinión pública indican que los chilenos,

no confían en los políticos ni en las instituciones políticas mostrando un creciente cinismo político, al tiempo que se alejan progresivamente de su adhesión a los partidos políticos (lo que se demuestra en el sistemático aumento de quienes se autodefinen como independientes) (Manzi-Catalán, 1998:555).

El miedo a la exclusión

Nuestros miedos se expresan fundamentalmente en las relaciones interpersonales. Pero están igualmente presentes en la relación de

las personas con los sistemas funcionales. Los chilenos reconocen que su situación general, su situación educacional, laboral, previsional, etcétera, es mejor que la de sus padres. En efecto, la modernización del país amplió el acceso a empleos y educación, mejoró los indicadores de salud, estableció la contratación individual de la previsión; en suma, agilizó el funcionamiento de los diversos sistemas. Sin embargo, la gente desconfía. No confía en lograr una educación y capacitación adecuada. Incluso quienes tienen empleo temen quedar excluidos de un mercado laboral muy dinámico y competitivo. Quedar excluidos, por ende, de los sistemas de salud y previsión. Excluidos del consumo de bienes y servicios en una sociedad donde prestigio social y autoestima se encuentran muy vinculados al estilo de vida. En suma, las personas temen quedar excluidas del futuro.

Las deficiencias de los sistemas

La desconfianza de la gente de obtener protección contra los infortunios y de poder aprovechar efectivamente las mayores oportunidades no es arbitraria. Quiero destacar tres factores que provocan un sentimiento de desvalidez e impotencia.

La deficiencia principal radica en el *acceso desigual a los sistemas funcionales*. Las posibilidades de la gente de acceder a los bienes básicos (educación, salud o previsión) se encuentran fuertemente condicionadas por su nivel socioeconómico. Las desigualdades de ingreso se vuelven humillantes cuando dificultan obtener niveles básicos de salud y previsión. Comparando los propios sacrificios con la riqueza exultante de otros, nace el sentimiento de un trato injusto, de aportar a la sociedad más de lo que se recibe de ella (Campero, 1998). En el caso de los chilenos que viven en situación de pobreza (uno sobre cuatro), ni siquiera están en condiciones de elegir y asumir las oportunidades y los riesgos de la modernización. Tales desigualdades en aspectos fundamentales de la vida de cada uno, socavan el "discurso de la igualdad" como marco de referencia para desarrollar las diferencias sociales legítimas.

Otra deficiencia proviene de la *excesiva monetarización de los problemas*. El dinero es un mecanismo eficaz para formalizar los flujos sociales y prolongar cadenas de acción. La monetarización abre posibilidades al reducir la complejidad social, hacerla comprensible

y manejable. Una monetarización abusiva, en cambio, cierra posibilidades. Ella excluye a personas sin recursos financieros de servicios básicos. Pero además, excluye fenómenos no traducibles en precios. La mercantilización no valora el significado de una palabra, la importancia afectiva de una cosa. Ella es insensible a demandas de reconocimiento, integración y amparo. Por lo tanto, no logra procesar adecuadamente las demandas de trabajo, educación, salud o previsión. Dichas demandas tienen, más allá de su relevancia material, una fuerte carga simbólica para las personas. Pienso en los sentimientos de dignidad, identificación e integración que generaba anteriormente el trabajo; significados muy debilitados en la nueva organización de las empresas. Actualmente, la privatización de ciertos servicios públicos, reconducidos a contratos privados e individuales, tiende a eliminar la dimensión simbólica sin ofrecer una compensación equivalente. Por cierto, no es tarea del mercado, por eficiente que sea, generar lazos de arraigo y pertenencia. El Estado chileno, por su parte, siendo la instancia principal de las políticas sociales, no tiene un discurso (una representación colectiva) de la sociedad. Entonces, aunque las prestaciones mejoren, la gente no se siente acogida y protegida, reconocida y respetada como partícipes de una comunidad.

El sentimiento de desprotección tiene que ver igualmente con un *nuevo tipo de amenazas*. Cada vez hay más riesgos producidos por la misma sociedad. Por ejemplo, las enfermedades mentales y nerviosas generadas por el actual estilo de vida. O la flexibilización del empleo por la descentralización empresarial en redes y la desagregación del trabajo mediante subcontratación, aprovisionamiento subsidiario, trabajo parcial, empleo por cuenta propia o consultorías. Nuestras sociedades pueden estar más o menos bien preparadas para los infortunios "naturales", pero tienen dificultades para asumir las transformaciones en curso y los debidos mecanismos de protección. Ello se debe, en parte, al protagonismo del mercado. Éste suele anticipar problemas en tanto son traducibles a precios, pero no contempla los costos y responsabilidades sociales (por ejemplo, reconversión o desempleo). Ello puede provocar frustración. La gente se siente forzada a participar en un "modelo de desarrollo" que, por su parte, no se hace cargo de todos los problemas que conlleva. El resultado suele ser una mezcla de desvalidez y rabia, de rebeldía y desconexión.

Particularmente la desconexión puede transformarse en una estrategia de sobrevivencia. Para defenderse, al menos subjetivamente, de las dinámicas de exclusión, la gente se retrotrae a su mundo individual. Cuando recorre —como en el *zapping* delante del televisor— las distintas opciones ofrecidas, sin comprometerse con ninguna, logra gozar momentáneamente el sentimiento de controlar su destino. El placer (o ilusión) de la desconexión puede ser una estrategia válida para el individuo, pero me pregunto por su impacto sobre la integración social.

Una demanda de complementariedad

El miedo a la exclusión está estrechamente vinculado a un rasgo fundamental de la sociedad actual: *la creciente autonomía de las lógicas funcionales*. En la medida en que la racionalización social avanza, los sistemas parecen adquirir vida propia, independizarse de los sujetos, y obedecer exclusivamente a su “lógica” interna. El proceso tiene una doble cara. Por un lado, parece disminuir efectivamente las posibilidades de disposición e intervención social. Es bien sabido y aprendido, que el control político del sistema económico tiene límites estrechos. Cabe preguntarse, empero, cuán inmutables e ineludibles son dichas lógicas. Tal vez las supuestas “jaulas de hierro” sean convenciones conversables, o sea, modificables por acuerdo social. De hecho, son bienes públicos y materia de intervención política lo que una sociedad defina como tales. Definimos, pues, los límites que tiene la autonomía de los sistemas cuando definimos los límites de la política.

Hoy por hoy, sin embargo, las “lógicas de sistema” se erigen en verdaderos “poderes fácticos”. El discurso neoliberal “naturaliza” los cambios en curso (Bourdieu, 1998). La “lógica de mercado” ilustra la transfiguración de una “racionalidad de sistema” en una especie de hecho natural, supuestamente inamovible, que se impone a las espaldas de la gente. Pero también el sistema político se vuelve cada vez más autorreferido e impermeable a influencias externas.

Las personas sienten que sus miedos y anhelos, sus motivaciones y afectos para nada cuentan; que ellas son simples agentes de un engranaje abstracto. Ello nos indica la otra cara de la creciente auto-

nomía de los sistemas. La consolidación de una lógica abstracta tiende a aniquilar la vida concreta, a descartar los mil pliegues de la subjetividad, a eliminar los detritos de la experiencia, lo que no fue pero pudo haber sido. Blanquea la memoria de las pérdidas. Y, mirando al futuro, acota lo posible. Tiende a reducir las posibilidades a lo factible en el marco de lo dado. A reducir la subjetividad a su utilidad para los sistemas funcionales. Ahora bien, la subjetividad produce y requiere tales cauces estructurales, pero no se agota en ellos. Ni los sujetos pueden disponer libremente de las lógicas funcionales, ni los sistemas logran apropiarse completamente de la subjetividad. También la instrumentalización de la subjetividad tiene un límite. La subjetividad siempre produce un excedente extrasistémico que desborda cualquier institucionalización. ¿Qué pasa con ese excedente, con esa subjetividad denegada?

Quiero hacerme cargo de una interpretación frecuente que atribuye el sentimiento de inseguridad a un "exceso de expectativas" de la gente, que no logra ser satisfecho por los sistemas. Visto así, el miedo a la exclusión no sería sino el resultado de una modernización insuficiente. La solución radicaría en un funcionamiento más eficiente de los sistemas. Pues bien, más allá de las deficiencias señaladas, el problema de fondo parece ser otro. La interpretación presupone que expectativas y satisfacción se encuentran en un mismo ámbito cuando posiblemente operen en registros diferentes. ¿No estaremos ante expectativas que, en parte, no pueden ser satisfechas por los sistemas en su forma actual? Tomemos el trabajo que es no sólo la principal fuente de ingreso, sino igualmente el ámbito donde las personas hacen una experiencia vital de lo que puede ser la dignidad, el reconocimiento y la integración a una tarea colectiva. Por lo tanto, la precarización del empleo (aunque no afecte a las remuneraciones y al desempleo) afecta esa experiencia y acentúa las demandas no materiales. Parecen ser fundamentalmente esas expectativas las que alimentan tanto la desafección política como la demanda de Estado.

Me parece más plausible concebir la tensión entre sujetos y sistemas como una relación de complementariedad. Ésta puede adoptar formas diversas. Una de ellas, la más conocida, es la que encarna el Estado. Entre los años veinte y setenta el Estado fue la instancia privilegiada de mediación entre la subjetividad (más y

más diferenciada) y las exigencias de la modernización económica. Sobre este trasfondo histórico se entiende que, por exitosas que hayan sido las privatizaciones, por dinámica que sea la iniciativa privada en Chile, la reivindicación de un Estado activo persiste. En el fondo, ella reivindica una forma de comunidad que logró articular las demandas sociales y la regulación económica en un contexto de sentido válido para todos. Observamos cómo esa "comunidad" se hace añicos en el proceso de globalización, quedando pendiente una forma nueva de integración. Posiblemente sea esta exigencia la que subyace a la invocación del Estado. Una invocación que no se dirige en contra del mercado; nace de sus limitaciones. En consecuencia, no se restringe a las regulaciones económicas. De hecho, la nueva preeminencia del mercado redefine, pero no reduce la función reguladora del Estado. En cambio, mutila su dimensión cultural y simbólica. Se trata de un aspecto sistemáticamente soslayado en el actual debate. Es allí, sin embargo, donde se juega hoy por hoy nuestro "modo de vida".

La forma de Estado nos dice mucho de la manera en que una sociedad tematiza y canaliza la subjetividad. Ello es silenciado por un enfoque gerencial. Por consiguiente, resulta difícil hacerse una idea del papel del Estado en la producción y reproducción del orden social. El orden consiste no sólo en una determinada estructuración de las condiciones materiales y sociales de vida; implica también lazos de reconocimiento y pertenencia y, en particular, un "sentido de orden". Dicho en otras palabras, construimos orden no sólo mediante instituciones y leyes, sino también a través de un "espíritu de las leyes" que anima y orienta las dinámicas institucionales. Pues bien, cuando el Estado institucionaliza y garantiza determinadas convenciones sociales, también afianza determinado orden simbólico. Precisamente a través del derecho, pero igualmente por medio de la socialización escolar y múltiples regulaciones (desde el horario laboral hasta las emergencias medioambientales), la acción estatal ayuda a transformar la realidad en un orden inteligible y, por lo tanto, moldeable. Y contribuye además a delimitar un marco de referencia más o menos común a todos, que otorga sentido a las transformaciones en marcha. Una de las funciones sobresalientes del Estado reside en la generación de un "sentido común". Precisamente de su desvanecimiento trata el tercer miedo.

El miedo al sinsentido

El más difuso de los temores es el miedo al sinsentido. Emerge de experiencias nuevas —el estrés, el auge de las drogas, la persistencia de la contaminación, el trato agresivo y los atascamientos del tráfico— que crean la sensación de una situación caótica. La impresión se ve acentuada por una globalización vivida como una invasión extraterrestre. La vida cotidiana, acelerada a un ritmo vertiginoso por miles de afanes, una sucesión interminable de sobresaltos y una transformación permanente del entorno laboral y del paisaje urbano, deja a la gente sin aliento para procesar los cambios. La realidad deja de ser inteligible y aparece fuera de control. ¿Cuál es, en medio del torbellino, el sentido de la vida?

No es nuevo tal desvanecimiento de todo lo establecido. Nuestras sociedades han conocido grandes migraciones junto con la subversión del mundo rural y no menos radicales reagrupaciones en torno a industrias y las grandes urbes. La modernidad es una historia de descomposiciones y recomposiciones de hábitos y tradiciones, de identidades sociales y representaciones colectivas. Sucesivas olas modernizadoras permitieron al individuo liberarse de trabas y restricciones, pero también significaron desarraigo y atomización. ¿Es diferente el proceso actual? Los cambios crean nuevas oportunidades: se abre una perspectiva global de la realidad, diferencias legítimas logran expresarse, el pensamiento escapa a la ortodoxia y surgen nuevas redes de interacción social. Simultáneamente la actual modernización en escala mundial descoloca los referentes espacio-temporales de nuestras representaciones cognitivas, y dificulta orientarnos en un contexto inédito. Además, debilita las reservas de afecto y sentido que la sociedad en su desarrollo depositó en la familia, escuela, empresa, nación. Entonces la realidad desborda el ordenamiento instituido. Estamos en un mundo de referentes móviles y provisorios, caracterizado por la contingencia. Aparentemente todo vale, todo es posible. Es en este contexto que el miedo al Otro y el miedo a la exclusión adquieren verosimilitud.

Tolerar la incertidumbre

La subjetividad se ve amputada de sus referentes habituales al tiempo que conquista nuevos ámbitos. Tal tensión es intrínseca a la

modernidad; no la podemos eliminar. Toda vida humana incluye inevitablemente grados más o menos significativos de incertidumbre y todo cambio social la aumenta. Los procesos de secularización, globalización, diferenciación e individualización remueven las certezas establecidas. Y en la medida en que crece la contingencia se vuelve más difícil producir nuevas certezas. Se disiparon las esperanzas de controlar la incertidumbre mediante el progreso técnico; él mismo fabrica nuevas incertidumbres. Vivimos en una “sociedad de riesgos” (Beck *et al.*, 1997).

También es propio a la modernidad no someterse a un destino dado y hacerse cargo de ese desafío. Una sociedad es moderna cuando aprende a manejar la incertidumbre. Ello implica, en primer lugar, *acotar el reino de la incertidumbre*. Las convenciones jurídicas e instituciones sociales, las representaciones simbólicas y cognitivas, son medios para delimitarla y otorgar a la convivencia cierta calculabilidad. A partir de los años veinte, la organización de los intereses, la restructuración de las pautas de acción y la consolidación de un Estado social fueron un modo eficaz de asegurar esa previsibilidad. En la medida en que las convenciones sociales se flexibilizan, los argumentos se trivializan y la realidad misma se “virtualiza”, el manejo de la incertidumbre se vuelve problemático. Ésta es la novedad y es aquí (y no en la mera presencia de incertidumbre) donde radica el desafío.

Nos cuesta acotar la incertidumbre, entre otras causas, por la sencilla razón de que carecemos de lenguaje. Carecemos de una codificación de la incertidumbre. Disponemos apenas de un pobre “código económico” para dar cuenta de los diversos *shocks* de las finanzas internacionales, de los altibajos de la bolsa de valores o de la tasa de cambio. Las incertidumbres cotidianas empero, se quedan sin palabras. A falta de categorías para pensar y acotar la incertidumbre, parece racional tomar por referente las conductas de los demás. Impulsado por los medios de comunicación masivos, se instala un conformismo ramplón como antídoto contra el “miedo al vacío” (Mongin, 1993).

En segundo lugar, el desafío consiste en *incrementar nuestra tolerancia a la incertidumbre*. Si no podemos evitarla, ¿cómo la hacemos soportable? Parece haber un umbral antropológico, cruzado el cual la incertidumbre carcome la identidad (individual y colectiva).

Existe un mecanismo privilegiado para elevar las barreras de tolerancia: la vinculación intersubjetiva. En la medida en que las personas asumen la incertidumbre como un problema compartido y desarrollan redes de confianza y cooperación, ellas generan un marco de certezas. El Otro deviene, más que un "factor calculable", un socio indispensable para construir, frente a los avatares, un futuro común.

La vinculación intersubjetiva presupone estructuras de comunicación. No sólo una comunicación privada entre las partes. El vínculo social se inserta en determinado lenguaje, en premisas normativas y códigos interpretativos. Es decir, hace uso de una determinada codificación, producida y reproducida en el ámbito público. Cuando el espacio público se debilita, necesariamente se empobrecen las estructuras comunicativas y, por tanto, nuestra capacidad de descifrar la realidad. De hecho, nos cuesta reflexionar lo que nos pasa. Hay dificultades para establecer el registro de la conversación, para precisar las categorías clasificatorias, para discutir las ambivalencias, disipar los malos entendidos. La comunicación se llena de ruidos, interferencias y dudas. Lo no dicho (como los miedos) se entremezcla con lo indecible (el misterio) y se cubre de un manto opaco de silencios.

Para que la tolerancia a la incertidumbre no sea ingenua, requiere respaldo. La confianza en el Otro presupone que eventuales engaños o abusos de confianza sean sancionados. Es lo que proporcionan el Estado de derecho y las reglas de urbanidad. Por eso, la percepción (correcta o errónea) de que las leyes no se cumplen, que reina la impunidad y que la decencia y el respeto son un lujo, incide inmediatamente sobre el vínculo social. Éste enfrenta mayores exigencias pues debe, por sus propios mecanismos, regular posibles conflictos. Y tales mecanismos informales de negociación y arbitraje hacen más costosa (menos amigable) la interacción social.

La construcción de futuro

Quien se preocupa de los miedos en nuestras sociedades fácilmente atrae la sospecha de ser un "hobbesiano" encubierto. Tales etiquetas no deben inhibirnos. Nuestros miedos pueden llegar a ser productivos, si contribuyen a traducir las carencias en tareas. En el fondo,

el miedo al sinsentido clama por un horizonte de futuro. El mañana implica siempre un horizonte de sentido por intermedio del cual ponemos en perspectiva al presente. Precisamente por ser fugaz e irreversible, la vida no se deja encapsular en la inmediatez. La clausura de horizontes es la muerte. Sobre este contexto simbólico trabajó el plebiscito de 1988 en Chile. El lema "la alegría ya viene" interpela la subjetividad de los chilenos, al vincular dos grandes pasiones: el miedo y la esperanza. En un ambiente dominado por los miedos invoca la esperanza en el avenir: algo que todavía no es pero puede llegar a ser. Invoca un vínculo emocional y un compromiso afectivo con el futuro por hacer. De esta anticipación se nutre la acción política.

¿Qué nos inhibe de soñar? Hay deseos de cambio. Un anhelo de reapropiarse del proceso en marcha. Y —junto con ese deseo— existe el miedo al cambio. Un miedo enraizado en experiencias traumáticas. Sabemos que los sueños pueden engendrar pesadillas. Sabemos que los cambios conllevan conflictos y que los conflictos pueden echar por tierra al orden, las esperanzas y el mismo sentido de vida. Mientras que esa experiencia no sea asumida y elaborada, toda mirada al futuro será temerosa. No sólo el presente, según vimos, también el futuro nos exige recuperar el pasado. Podemos aprender del pasado. Debemos impulsar un proceso de aprendizaje que permita superar inercias y a la vez actualizar las tradiciones significativas. Aquí conviene recalcar que sólo resguardando las libertades conquistadas tenemos derecho a cambiar lo establecido. En efecto, es tan importante liberarse de repeticiones como conservar una continuidad histórica. La historia puede ser fuente de confianza: nosotros que pudimos hacer tantas cosas juntos, tenemos razones para seguir juntos construyendo el futuro.

El futuro suele ser inevitable y, día a día, toda decisión lo condiciona de una u otra manera. Siempre construimos futuro. Pero no siempre sabemos qué país queremos, qué orden deseamos. Nos falta imaginación fundada en sólidos motivos. Carecemos de mapas cognitivos para poder estructurar la realidad, acotar su complejidad e interpretar el sentido de los cambios. ¿Cómo trazar un horizonte de futuro sin hacer inteligible los procesos en curso? Para no obedecer ciegamente los cambios en curso, hay que conocerlos; precisar tanto lo que tienen de necesario como de opción. Sólo entonces pon-

deramos la medida en que son objeto de intervención y regulación social. Es en ese marco que se construyen las alternativas. Bien visto, hay futuro (y no sólo un destino ineludible) cuando hay alternativas.

Los mapas cognitivos remiten a universos simbólicos. Para formarnos una idea de la condición humana, de su desarrollo en un orden complejo, del significado de la sociedad nacional en un mundo globalizado, para hacernos una imagen de todo ello requerimos representaciones simbólicas. Señalé la relevancia del Estado y de la política para representar (simbolizar) al conjunto de la sociedad. En el futuro, el protagonismo de los medios audiovisuales y de una "cultura de la imagen" incrementará la producción, circulación y manipulación de símbolos. En consecuencia, la densidad simbólica de la política será más importante.

La construcción de futuro presupone —ya lo dije— un vínculo emocional y afectivo. Es en un determinado contexto de temores y anhelos que las alternativas propuestas adquieren (o no adquieren) sentido. Sólo un futuro que acoge a los agobios, las dudas y los sueños del presente resulta atractivo. No basta que un futuro sea posible; hay que tener la motivación para querer realizarlo. Hay que tener pasión. Sin embargo, tan sólo nombrar a las pasiones provoca recelos. Y tenemos motivos de sobra para temer explosiones de irracionalismo y fanatismo. ¿Pero no serán tales fenómenos precisamente la venganza de una subjetividad que no encuentra cauces institucionales? Contraponiendo la razón a la pasión, mutilamos por partida doble la acción reflexiva (Bodei, 1995).

El futuro es anticipado como promesa. Por eso una política con miras de futuro está cargada de promesas. Ellas ayudan no sólo a identificar "lo posible", sino a identificarnos. La anticipación de lo posible no abarca solamente una proyección de lo materialmente factible. Implica una reflexión acerca de lo socialmente deseable. Especialmente en épocas de alta contingencia, cuando la gama de lo posible se ha vuelto tan abierta, resulta indispensable trazar perspectivas. Es lo que delinea la promesa: esboza criterios para discernir entre todas las posibilidades aquellas que nos permiten (a todos) vivir mejor. Por cierto, la frustración por tantas promesas incumplidas enseña a ser cautos. No obstante, el "sentido de vida" de cada uno de nosotros reclama un futuro donde no tengamos miedo al Otro, no

tengamos miedo a la exclusión y —formulado en positivo— gocemos de un entorno favorable para que vivir juntos tenga sentido.

recibido en junio de 1998

aceptado en julio de 1998

BIBLIOGRAFÍA

- BECK, ULRICH, A. GIDDENS y S. LASH, *Modernización reflexiva*, Madrid, Alianza, 1997.
- BODEI, REMO, *Geometría de las pasiones*, México, FCE, 1995.
- BOURDIEU, PIERRE, *Contre-feux*, París, Liber, 1998.
- CAMPERO, GUILLERMO, "Más allá del individualismo. La buena sociedad y la participación", en R. CORTÁZAR y J. VIAL (eds.), *Construyendo opciones*, Santiago de Chile, CIEPLAN/Dolmen, 1998.
- DE LA PARRA, MARCO ANTONIO, *Mala memoria*, Santiago de Chile, Planeta, 1997.
- FITOUSSI, JEAN PAUL y PIERRE ROSANVALLON, *La nueva era de las desigualdades*, Buenos Aires, Manantial, 1997.
- GIDDENS, ANTHONY, *La transformación de la intimidad*, Madrid, Cátedra, 1995.
- , *Modernidad e identidad del yo*, Barcelona, Península, 1995.
- INGLEHART, RONALD, *Modernization and Postmodernization*, New Jersey, Princeton University Press, 1997.
- MANZI, JORGE y CARLOS CATALÁN, "Los cambios en la opinión pública", en C. TOLOZA y E. LAHERA (eds.), *Chile en los noventa*, Santiago de Chile, Dolmen, 1998.
- MARTÍNEZ, JAVIER, "La sociedad civil: el difícil tránsito hacia la ciudadanía", 1998, manuscrito.
- MONGIN, OLIVIER, *El miedo al vacío*, Buenos Aires, FCE, 1993.
- PARAMIO, LUDOLFO, "La sociedad desconfiada", *Nexos*, núm. 229, México, enero de 1997.

PNUD, *Desarrollo humano en Chile 1998. Las paradojas de la modernización*, Santiago de Chile, 1998.

PUTNAM, ROBERT, *Making Democracy Work*, New Jersey, Princeton University Press, 1993.

———, “Bowling Alone; America’s Declining Social Capital”, *Journal of Democracy*, vol. 6, núm. 1, enero de 1995.

TOURAINÉ, ALAIN, *¿Podemos vivir juntos?*, Buenos Aires, FCE, 1997.

WAGNER, PETER, *Sociología de la modernidad*, Barcelona, Herder, 1997.